



do con los invasores y sus cómplices: la ciudad rebelde de Querétaro, el mas fuerte baluarte del Imperio, despues de una heróica resistencia de dos meses, digna de mejor causa, ha sucumbido. Fernando Maximiliano, el titulado Emperador, Miramon, Mejía, Castillo, y un sinnúmero de generales, gefes y oficiales con toda la guarnicion, son nuestros prisioneros. Faltaria á mis deberes de soldado y traicionaria mi conciencia de hombre libre, de mexicano leal, si callara vuestros heróicos hechos, y vuestros mas heróicos sacrificios. Con la fé del soldado que defiende la independencia de su patria, sin alimentos y muchas veces sin un solo cartucho, desafiábais la muerte combatiendo sin cejar con numerosas tropas de traidores y estrangeros, provistos de toda clase de elementos de guerra, perfectamente fortificadas y mandadas por los mejores generales del antiguo ejército que por desgracia faltaron á sus deberes, aliándose con los invasores y sosteniendo hasta última hora al estrangero, que otro estrangero, el Emperador de los franceces quiso, colocar en un trono erigido con las bayonetas de sus soldados; pero estos ya no existen: sus restos han huido á Francia á ocultar su vergüenza, cargando con las maldiciones de todo un pueblo, y llevando la triste nueva de que mas de una mitad de sus camaradas, pagaron con su sangre los caprichos de su amo.

Compañeros de armas: nada importa que hombres ambiciosos aspirantes de mala ley, hayan querido disfrazar vuestros hechos; la veraz historia colocará á cada uno en el lugar que le corresponda, y ni los enemigos de la República, ni los que quietos permanecieron en lugares ocupados por los invasores contemplando indiferentes su desgracia, se sobrepondrán á los que como vosotros habeis combatido sin

tregua ni reposo por los sagrados principios de independencia y libertad.

Soldados: en nombre de la República y del Supremo Gobierno, os felicito con toda la efusion de mi alma, y consecuente con el programa que me he trazado, seguiremos hasta afianzar la paz y el orden, y con ellos el porvenir de nuestra patria.

Viva la República! Viva la independencia nacional!

Cuartel general en la Purísima, frente á Querétaro, Mayo 15 de 1867.

«MARIANO ESCOBEDO.»

Inútil me parece agregar una sola palabra á este pomposo documento, el que traduzco para diversion del lector, y con el fin de darle una muestra de la veracidad de Escobedo.

Ademas de esto, el comandante en gefe liberal publicó una notificacion dirigida á los empleados civiles y militares imperiales, para que se presentasen en el término de veinticuatro horas, amenazándoles diciendo que toda persona que no obedeciera dicha orden en el término señalado, seria fusilado sin pleno juicio.

A consecuencia de esto, los generales Escobar, Casanova, Moret, Valdes, el ministro Aguirre y otras personas, se presentaron y fueron alojados en el cuarto de Castillo.

Los generales Arellano y Gutierrez y el coronel D. Carlos Miramon habian logrado evadirse de Querétaro, y el general Méndez, á quien andaban buscando con tezon los liberales, se hallaba aun oculto en la ciudad.

El anciano general Escobar, despues de haberse entregado, fué conducido por las calles con escolta: por allí se en

contró con el traidor López, el que siempre había estado enemistado con este hanrado general. El cobarde traidor tuvo la vil osadia de dar á su indefenso enemigo un golpe en la cara.

Por la tarde vimos en marcha muchas de las tropas liberales, y oimos decir que todas aquellas de que se podian desprender, se le enviaban á Porfirio Diaz, que estaba sitiando á México.

Escobedo se quedó en Querétaro: como que era enemigo de Porfirio Diaz no queria servir bajo sus órdenes. Fué enviado igualmente á México el general D. Francisco Vélez, y reemplazado por el general Echeagaray, pariente de nuestro comandante del mismo apellido.

El rejimiento de la Emperatriz quedó intacto y enteramente mandado por oficiales liberales. Estos oficiales sin embargo fueron despues matados por su propia gente durante una marcha, y el rejimiento se organizó como guerrilla, con la intencion de mas tarde unirse á algun movimiento de los conservadores.

El general Escobar se habia logrado muchos amigos entre los habitantes de Querétaro; y por ellos sabia todo lo que pasaba. Nos comunicó la triste nueva de que habian sido fusilados ó lanceados 40 de nuestros oficiales el dia anterior. Los soldados les habian colocado contra las paredes de los corrales como por vía de chanza, y les habian mata- á balazos ó lanzazos. Entre ellos se encontraban el coronel de la Cruz, del cuarto de caballería, y el coronel Campos, que habia caido en manos del enemigo, cuando fué herido en el cerro, y al instante le fusilaron.

Hácia el anochecer repentinamente oimos en la Cruz una esplosion; se mandó buscar al doctor Basch, y de él supi-

mos el motivo. En la iglesia donde habia alojados tantos oficiales, estaban esparcidos por el suelo una cantidad de cartuchos: algunos de estos prendieron fuego con los cigarros que por allí habian tirado; al ruido que estos produjeron, los oficiales temerosos de una esplosion se agruparon cerca de la entrada. La guardia creyendo que se intentaba un pronunciamiento hizo fuego sobre ellos. Tres ó cuatro oficiales fueron gravemente heridos, y uno de ellos muerto. La misma suerte corrió un oficial de los liberales, que fué herido en el vientre bajo.

Los oficiales liberales con quienes hablábamos no guardaban ningun secreto con respecto á la traicion de López; y entre ellos se sabia, que ahora ejercia este comercio por tercera vez. La primera ocasion fué durante la guerra entre los Estados Unidos y México en tiempo de Santa Anna. El general Escobar me dió el original del siguiente documento, que mostró el general Miramon al Emperador cuando intentó nombrar general á López. [1]

«Estado mayor del ejército.—Seccion de Archivos.—Circular.

«Su Alteza Serenísima, el general Presidente ordena: que se despida y escluya para siempre del ejército al alférez del rejimiento activo de Monterey y Nuevo Leon, Miguel López, á consecuencia de su infame comportamiento, en Tehuacán, adonde sublevó la escolta de S. E. el Presidente que mandaba en persona á las tropas operando contra el ejército de los Estados-Unidos.

[1] No habiendo sido posible obtener copia original de este documento, me limito á traducirlo. (N. D. T.)

Se hará saber esta orden al ejército para que el mismo sepa y se persuada de que si el Supremo Gobierno recompensa á sus buenos servidores; igualmente castiga á aquellos que no merecen pertenecer á la gloriosa carrera de las armas.»

«De orden superior para conocimiento de ustedes y sus subordinados.

(Firmado) QUIJANO.

México Julio 8 de 1854.»

Es difícil comprender cómo podía confiar el Emperador su persona y el punto de la Cruz, á un hombre que tenia semejantes antecedentes. Sin embargo, he observado ya que no creía que López intentaba entregar en manos de los liberales al Emperador. Temeroso de que si lo cojieran lo fusilasen, trató de salvar la vida, y al mismo tiempo hacerse de una buena suma de dinero poniendo en manos de Escobedo la ciudad. El Emperador frustró todos los cálculos y arreglos de este para salvarlo, con su repulsa de esconderse en la casa de Rubio. Un individuo como López, sin honor, no podía imaginarse que todo un hombre y un Emperador pudiera preferir la muerte á una accion que consideraba iba si no en contra de su honor, por lo menos sí en contra de su dignidad.

El 17 muy temprano por la mañana, se nos avisó que estuviésemos dispuestos para ser pasados al convento de Santa Teresita, del que se habia echado afuera á las pobres monjas, y cuya orden de religiosas habia ocupado ese local durante muchos siglos. En la plaza de la Cruz encontramos á los demas oficiales nuestros. El porvenir incierto que teniamos ante nosotros nos habia puesto taciturnos, y en

silencio abrazamos á nuestros amigos. Ibamos escoltados por una fuerza formidable. Un batallon marchaba á la cabeza, y otro cerraba la retaguardia, y dos compañías á derecha é izquierda de las casas. El Emperador iba en un coche con el doctor Basch y el general Echeagaray.

Los habitantes de la ciudad mostraron gran simpatía por nosotros; y muy especialmente las mujeres, las que nos saludaron con lágrimas en los ojos. Cuando llegamos á la entrada del convento de Santa Teresita, muchas mujeres pasaron entre las líneas de la guardia, y dieron naranjas y cigarros á los prisioneros. Las pobres monjas habian tenido el convento sumamente limpio. Habia allí un patio con un corredor alrededor y una fuente en el centro.

El cuarto que ocupaba el Emperador era muy grande, pero estaba completamente vacío. Lo mismo sucedió con el cuarto que se le seguia á este, y adonde se alojó á todas las personas á quienes el Emperador suplicó se quedaran cerca de él. Estos eran el general Castillo, el ministro Aguirre, el coronel Ormachea, el Teniente coronel Pradillo, el doctor Basch, Blasio, el coronel Guzman y yo. Sin embargo, no se nos permitia comunicar con los generales, los que estaban en una pieza separada, ó con el resto de los prisioneros, los que estaban alojados en otras partes del convento. Como que habiamos perdido todas nuestras cosas, y teniamos por fuerza que dormir en el suelo, el Emperador mandó nos trajeran á cada uno un zarape.

El 18 de Mayo se publicó una lista muy grande de todos los prisioneros. A la cabeza de este impreso, con grandes caracteres, se leia: el Emperador Maximiliano, lo que en lo de adelante en otras publicaciones se cambió en «Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo.» La salud del

Emperador se mejoró; pero nos quitaron al general Echeagaray, probablemente porque nos trataba demasiado bien, y en su lugar pusieron al general Rufo Gonzalez, el que antiguamente era jefe de bandidos.

No oíamos nada tocante á las intenciones del enemigo, respecto de nosotros, y corrió la voz de que los liberales estaban fusilando á todo extranjero, cuando fuí llamado á cosa de las ocho de la noche. Me dispuse á recibir lo peor, y mis compañeros no esperaban volverme á ver; pero fué una alarma mal fundada, pues los liberales solo querian algunos informes tocantes á mi nacionalidad y otros asuntos personales. En el patio habia veintidos centinelas que toda la noche daban con toda la fuerza de sus pulmones el «centinela alerta!» de suerte que no podiamos cerrar los ojos.

El 19 de Mayo el general Escobedo, acompañado del general Diaz de Leon y el coronel Villanueva, visitó al Emperador. La visita duró media hora, y todos estábamos sumamente escitados; pero esto solo fué una ceremonia, y nada oimos de positivo. Algunos oficiales del estado mayor de Escobedo me dijeron que se esperaba llegase muy pronto mi mujer.

Durante la noche anterior, el general Méndez habia sido cojido en una casa, y por dinero entregado por su propio criado. Escobedo se alegró bastante de aplicarle la regla que habia asentado en su notificacion. Bajo cualesquier circunstancia se hubiera mandado fusilar á Méndez, pues él habia mandado fusilar en una ocasion á dos generales liberales, Arteaga y Salazar. Con los demas que fueron cojidos mas tarde, no se les aplicó esta orden, por lo menos hasta donde yo he sabido.

La mañana siguiente me hallaba en compañía de otros

cerca de la ventana, cuando por el pasadizo, frente á nosotros fué conducido Méndez. Iba con paso acelerado como de costumbre y fumando un puro. Cuando nos vió se sonrió, y nos dijo adios con la mano. Fué conducido á la muralla esterna de la plaza de toros, cerca de la Alameda, adonde se le debia fusilar por un destacamento de los Cazadores de Galeana.

Es costumbre en México fusilar por la espalda á aquellos que se les considera como traidores por el partido opuesto, en cuyas manos hayan caido. Méndez no queria someterse á aquel insulto, y cuando le obligaron á hincarse, con la espalda hácia las fusiles, dió vuelta en una rodilla en los momentos que iban los soldados á disparar, se quitó el sombrero y gritó: «Viva México!» Cayó boca abajo, herido, pero no muerto, aun estando en sus cinco sentidos, pues con el dedo pulgar apuntó tras de la oreja, suplicando de esta manera que le tirasen allí, á lo que accedió uno de los cazadores. El cuerpo le fué entregado á su mujer. Estos pormenores me los dió el oficial que mandó la ejecucion, antiguamente un barbero suizo que habia desertado de la Legion estrangera (Francesa). No habia olvidado su primer oficio y ofreció rasurarme, por supuesto mediante alguna gratificacion. Por la noche oimos decir que doce de nuestros oficiales de guerrilla habian sido apartados del resto, para ser fusilados en la mañana; pero nunca pude averiguar si esto se hizo ó no.

El 20 de Mayo á cosa de medio dia llegó mi esposa. Sus noticias por cierto no eran nada consoladoras, pues dijo que se trataba de fusilarnos á todos. Tuvo una conversacion larga con el Emperador, en la que le dió bastantes informes especialmente con respecto á la traicion de Márquez,

la que mortificó al Emperador muchísimo mas que la de López.

La opinion general era que Márquez habia marchado rumbo á Puebla en lugar de Querétaro con la intencion de reunirse á Santa-Anna. Los oficiales alemanes en México, quienes habian querido ir en ayuda del Emperador, habian estado en continua pendencia con él.

Como que el Emperador habia espresado el deseo de que se le alojase con su séquito en una casa sola, mi esposa fué con este fin á persuadir á Escobedo con quien habia hecho ya conocimiento, lo mismo que con los oficiales de su estado mayor, cuando llegó frente á Querétaro, para suplicar le dieran entrada en la ciudad.

A su regreso nos dijo que Escobedo le habia hecho algunas promesas y sacaba por consecuencia de su conversacion que trataba de entablar algunas negociaciones con el Emperador.

Esto salió esacto pues á las cuatro de la tarde el coronel Villanueva perteneciente al estado mayor de Escobedo, suplicó al Emperador se trasladase al cuartel general. El Emperador al principio no queria ir, pero al fin cambió de idea diciendo: «Despues de todo, Escobedo me ha hecho una visita, y yo se la devuelvo;» pero solo lo hacia bajo la condicion de que se le permitiera á mi esposa acompañarlo, á lo que no se opuso el coronel.

El Emperador ofreció el brazo á la princesa, y yo me seguí con el coronel Villanueva. Pasamos por donde estaban los demas prisioneros y estos saludaron al Emperador con gran respeto y amor. Despues subimos á un coche y escoltados por veinticinco hombres de los Cazadores de Galeana nos encaminamos al cuartel general de Escobedo que

desde la ocupacion de la ciudad se habia trasladado á la Fábrica y hacienda de Hércules, perteneciente al señor Rubio.

Frente á esta hacienda hay un jardin muy grande y hermoso, al que entramos cerca de una fuente con un tazón, salió Escobedo á recibir al Emperador y con él se dirigió por una vereda lateral, adonde se habian puesto algunas sillas para la comitiva. Muchos oficiales curiosos se hallaban parados cerca de la fuente y alternativamente tocaban dos bandas.

El Emperador habló con Escobedo de su abdicacion. Pidió que sus oficiales fuesen enviados á la costa, en cambio de esto daria órdenes para que se entregase á México y á Veracruz.

Escobedo contestó que pondria esto en conocimiento de su Gobierno. Por parte de él, Villanueva el coronel, y por parte del Emperador, yo, debiamos arreglar entre nosotros los puntos de que se habia hecho mencion en la conversacion y ponerlos por escrito.

Hablé por algunos instantes con el Emperador, el que me comunicó sus instrucciones diciendo:—«Haga vd. todo de una manera honrosa, pues preferiria primero morir que degradarme.» Despues de esto escribió la siguiente autorizacion:

«Querétaro, Hacienda de Hércules,

Mayo 20 de 1867.

(1) Autorizo á mi coronel y ayudante de campo, el Príncipe de Salm Salm, para tratar con el señor general

1 Esta autorizacion la escribió el Emperador en francés.—N. D. T

Escobedo y reconozco los actos hechos por el primero como hechos á mi nombre.

(Firmado) MAXIMILIANO.

Mis negociaciones con el coronel liberal se facilitaron por la circunstancia de hablar este el francés muy bien. Convenimos en que mis proposiciones á nombre del Emperador se hicieran con la fórmula de una carta dirigida á Escobedo. Esta carta dice así:

«Querétaro, hacienda de Hércules,  
Mayo 20 de 1867.

[1] A S. E. el Sr. General Escobedo Comandante en Jefe de las fuerzas liberales.

General:—Mi Señor y Soberano me ha autorizado para tratar con vd. sobre ciertos puntos, para evitar haya mas derramamiento de sangre en este país.

Para obtener este fin propone á vd:

1. La abdicacion oficial de la corona de México.
2. Promesa solemne de no mezclarse jamás ya en los negocios de México.
3. Orden á sus generales y jefes de rendir las armas y de entregar las plazas fuertes.
4. Orden al comandante de las tropas extranjeras de rendir las armas y de ponerse bajo la proteccion de las fuerzas liberales para dirigirse á Veracruz, con el fin de ser embarcadas.

1 Este documento lo escribió en francés á Escobedo el Príncipe de Salm Salm.—(N. D. T.)

5. Que recomienda la suerte de sus generales y oficiales mexicanos que le han sido fieles, á la generosidad del nuevo gobierno.

6. Que sea escoltado hasta Veracruz con las personas de su séquito por una escolta escogida por vd., general.

7. Que todos los extranjeros que están aquí prisioneros sean trasportados á Veracruz con el fin de ser embarcados. Tengo el honor de ser, general, vuestro servidor.

[Firmado.] PRINCIPE DE SALM SALM,  
Coronel ayudante de campo de S. M.»

Antes de que saliera esta carta de mis manos se la mostré al Emperador, que hizo algunos cambios insignificantes, despues de lo cual fué entregada conforme arriba está.

Toda la negociacion duró cosa de hora y media, despues de lo cual regresamos de la misma manera, en que habiamos ido á la prision del convento.

El 21 de Mayo oimos decir que doce de los oficiales franceses que estaban al servicio del Emperador y quienes en lo general habian sido empleados como pagadores del ejército, no habiendo prestado ningun otro servicio durante el sitio, habian ofrecido sus servicios al general Escobedo. Como que seria una lástima echar en el olvido los nombres de estos individuos que tuvieron el miserable atrevimiento de hacer semejante cosa, los reproduzco aquí conforme fueron publicados en la «Sombra de Arteaga,» un periódico liberal de Querétaro:—Capitan, Ernesto de Rozeville; teniente, Juan Ricot; capitan, Charles Schmidt; capitan, Henry Morel; capitan, Xavier Gaulfreron; teniente, Félix Rieffers; teniente, Emile Trouin; alférez, Eugen Bail-

by; teniente, Theodore Herraud; teniente, Emile Jejuin; teniente, Víctor Nomei y teniente, Paul Guyon.

Escobedo les contestó en una carta puesta en términos muy severos y despreciativos. Les dijo, «que la causa de los liberales podía combatirse por sí mismos y que no podía aceptar los servicios de gente que á la faz de sus compañeros que estaban sufriendo se atrevían hacer tan infame oferta, y de quienes se podía esperar cuando se presentara otra ocasion igual comportamiento.»

Los pasos dados por estos doce oficiales causaron grande indignacion entre los prisioneros; y los demás oficiales franceses me enviaron para el Emperador la siguiente carta, que prometí mas tarde publicar con sus nombres:

«Varios oficiales franceses prisioneros, á Su Majestad Maximiliano, Emperador de México. [1]

«Señor:

Hemos sabido que varios oficiales franceses prisioneros como vos, han solicitado del general Escobedo el favor de servir en su ejército.

El partido liberal ha apreciado debidamente este acto, tachándolo de infamia, y el general Escobedo ha hecho bien de no aceptar á hombres que no tienen vergüenza de hacer semejante solicitud bajo circunstancias como estas.

Como que estos oficiales, (que durante todo el sitio no han asistido á ningún ataque) son franceses, y Vuestra Majestad podría creer que son intérpretes de nuestros sentimientos, nos apresuramos, Señor, á rechazar todo participio

1 Esta carta está escrita en francés, pero la he traducido para hacer mas fácil su lectura.—(N. D. T.)

en ese acto incalificable y que ha provocado nuestra indignacion.

Nos aprovechamos de esta circunstancia, Señor, para protestar á Vuestra Majestad las seguridades de nuestra entera adhesion y venga lo que viniere jamás lo aprovecharemos.

Somos con el mas profundo respeto, Señor, de Vuestra Mejestad, los mas humildes y mas fieles súbditos.—*A. Page, capitán, Eugène Chardin, Adolphe Marie, Jean Marc, Jean Baptiste Gobin, Jérónimo Gitard, Charles Bomet, Adolphe Charton, Charles Eloy, Antoine Vignoli, Charles Desprez, Gustave van Haecht, Gaspard Wery, Henzy Voignier, Eugene Laroche, Frederick Filliatre, Leopold Dreyssé, Adolphe Chigon, Adolphe Bouzeran, Chrétien Ludvig, Charles Schupbach, Jean Lugeon, Adolphe Sibernaler, Zacharie Deplace, Albert Hans, Henzy Ehrmann, Louis Depain, Jean Baptiste Parison, Ernest Coudray, Jean Nicolas Girardin, Léopold de Pottes, subtenientes.*»

Casi ningún cuidado tenían los liberales de nuestros soldados prisioneros como se verá por la siguiente carta que recibí:

«Alteza: A nombre de todos sus camaradas presos, el infrascrito le suplica por amor de Dios haga presente á Su Majestad el Emperador, nuestra miserable posicion, para que á nosotros, como fieles criados de Su Majestad no se nos haga morir de hambre. Desde que nos cogieron prisioneros el dia 15, hasta ahora, la mayor parte de nosotros apenas hemos probado un bocado, de suerte que cada uno de nosotros, ya desea la muerte de cualesquiera otra manera.

Por lo tanto, suplicamos á Vuestra Alteza, nueva á Su Majestad á favorecernos bondadosamente con una limosna caritativa.

IBAN BUDSKY,

Húsar preso, firma á nombre de sus camaradas.»

Cuando por la tarde vino á verme mi esposa habia olvidado el pase, y el oficial de guardia le rehusó la entrada de la manera mas grosera. Me puse furioso con esto y me pasee por la pieza lleno de cólera. El Emperador, que á la sazón se hallaba con nosotros presencié la escena, sonriéndose y señalándome, dijo á los demás señores que estaban allí: «Mirad al leon en su jaula.»

Al regresar mi esposa con el salvoconducto, trajo para el Emperador y para mí la tan deseada ropa blanca.

El 22 de Mayo se nos informó que el Emperador, algunos de su séquito y los generales debian ser trasladados, no á mejores alojamientos como habiamos esperado, sino al convento de Capuchinas. La razon que habia para esta separacion solo llegó á nuestro conocimiento mas tarde.

Escobedo habia recibido orden del «Supremo Gobierno» para sin demora fusilarnos á todos; protestó contra esto, y dijo que no podia hacerse sin prévio juicio, y que podia envolver al gobierno en dificultades con los Estados-Unidos, que ya oficialmente se habian expresado con respecto á los procedimientos en San Jacinto, desaprobándolos fuertemente.

El Emperador fué alojado en el panteon ó bóveda provisional de los muertos en el convento; los generales en un gran salon, y nosotros en un lugar contiguo al panteon. Como que el Emperador no se sentia bien, se mandó bus-

car al Dr. Basch acorde con su deseo; cuando el doctor me preguntó adónde se hallaba el Emperador, le asusté de una manera horrible, sin intentarlo, diciendo simplemente: «En la tumba.»

En este convento encontramos á Miramon, con la cabeza vendada aun. El Emperador le abrazó. El general fué visitado ese dia por el Vice-cónsul de Hamburgo en San Luis Potosí, Mr. Balmssen.

No se nos queria tener por largo tiempo en ese horrible lugar, y el 23 de Mayo nos trasladaron á otro patio, adonde teniamos alguna comodidad mas, pues tres y cuatro personas fueron alojadas en una misma celda. Mi esposa no abandonó sus esfuerzos para obtener una casa por separado para el Emperador, pero la entretuvieron con promesas.

Cuando el 24 de Mayo estaba sentado con el Emperador en el patio, en el centro del cual hay un gran limonero, el coronel Palacios, que bajo las órdenes de Gonzalez, tenia la vigilancia especial de los prisioneros, me llamó á un lado y me suplicó dijera al Emperador se preparase á ser traslado á un cuarto por separado, pues estaba para comenzar su juicio, tenia que estar solo é incomunicado con los demas prisioneros. Cuando hube cumplido con ese deber desagradable, el Emperador dió orden á su mayordomo Mr. Grill para que empacase sus cosas: mientras tanto me paseaba con él de arriba abajo en el patio, hizo esta observacion: «Ya lo ve vd., progresan despacio, pero con seguridad. Pronto se terminará todo.»

Eché de ver en el suelo una corona de espinas que se habia caido de la cabeza de una imagen de palo, era un Cristo que habian convertido en leña los soldados; alcé la corona. El Emperador me la tomó de la mano y dijo, «Dé-

mela vd., conviene bien á mi posicion.» Dió la corona de espinas á Mr. Gril y le mandó la colgara en su cuarto.

La celda en que se hallaba preso el Emperador, estaba en un piso alto del convento, lo mismo que las de Miramon y Mejía. Frente á cada una de estas celdas colocaron á un centinela. Como que el Emperador suplicó le dejasen tener cerca de él al Dr. Basch; éste, Mr. Grill y su *valet de chambre*, Severo, fueron colocados en celdas cerca de las del Emperador.

De una conversacion que tuve con el coronel Palacios, el que habia estado prisionero en Francia, y habla francés bastante bien, supe que habia poca esperanza para el Emperador. En el curso de la conversacion observé que el gobierno mexicano haria bien en seguir el ejemplo del gobierno Norte-americano con respecto al tratamiento de los rebeldes del Sur, á lo que contestó Palacios: «Los norte-americanos son enemigos hereditarios nuestros desde que nacen. Ni queremos tener nada que hacer con ellos, ni con ustedes; podemos subsistir sin ninguno de los dos.»

Ridiculicé la idea de vivir por sí, enteramente solos sin union con otras naciones y sin comercio alguno, siguiendo el ejemplo dado una vez por la China y el Japon, mas él sostuvo su opinion y dijo que México tenia todo lo necesario para su subsistencia y que no necesitaba de relaciones extranjeras. Me esforcé en persuadir al coronel Palacios para que me permitiera comunicarme con el Emperador, puesto que antes de su muerte tendria que hacer muchos arreglos. Sin embargo, no es posible obtener de un mexicano una contestacion terminante, y nada conseguí, salvo algunas promesas vanas.

Cuando vino mi mujer el 25 de Mayo, se hallaba en un

estado de escitacion grande, pues habia oido decir con certeza, que el Emperador y yo seriamos fusilados, y que el juicio del primero ese mismo dia habia comenzado. Se aplicaria la ley de 25 de Enero de 1862, la que ordena que todo el que sea tomado con las armas en la mano, será fusilado. Todos los trámites legales, inclusa la ejecucion, se terminaria en el curso de tres dias. A la vez debian ser juzgados con el Emperador, Miramon y Mejía, y despues de ellos, tres mas, acorde con el rango que tuvieran. De este modo se me facilitó hacer el interesante cálculo de cuán pronto llegaria mi turno.

Con alguna dificultad fuéme permitido por Palacios ver al Emperador, pero solo en presencia del oficial de guardia. Sucedió que este oficial fuera mi barbero suizo, el cual mediante una friolera se mantuvo parado en la puerta, pendiente para que nadie interrumpiera nuestra conversacion.

Informé al Emperador de lo que habia oido por mi mujer, y convenimos en que se fuera ella á San Luis Potosí para probar suerte con Juarez y obtener, si no otra cosa, por lo menos una demora, pues el ganar tiempo es una gran cosa en semejantes circunstancias.

En ese dia mi mujer estuvo muy ocupada. Vino varias veces á la prision, y por última vez á las once de la noche; cuando indujo á un oficial á conducirnos á los dos con el Emperador, de quien recibió sus instrucciones. Del Emperador fué á ver á Escobedo, para decirle que iba á ver á Juarez, suplicándole suspendiera la ejecucion hasta su regreso, el que apresuraria tanto como fuera posible. Escobedo prometió, acorde con la costumbre mexicana. Partió ella á su destino esa misma noche.

El 26 de Mayo tuve una conversacion con el coronel Villanueva, el cual era hombre de educacion y no tan sanguinario como la mayor parte de sus compañeros de armas. El *resúmen* de su conversacion fué: «Que Maximiliano era hombre perdido,» y contra esto no habia remedio.

Me esforcé para ver al Emperador y al fin lo logré. Como que nada impide mas la accion vigorosa, como la débil esperanza, creí de mi deber hacer presente al Emperador el verdadero estado de las cosas. Hice esto principalmente para hacerlo convenir con una idea que me habia pasado por la cabeza varios dias; *viz; escape*, lo que solo prometia ayuda.

Un oficial (europeo) de las tropas que ocupaban el convento me visitaba con frecuencia, y conmigo fumaba un puro. Como no era del todo desagradable, y siempre de él adquiria noticias, toleraba su compañía, le daba dinero siempre que me lo pedia. Este oficial debia ayudarme en la fuga del Emperador, y casi estaba seguro que no se habia de negar á hacer este servicio.

El Emperador al principio se horrorizó con la idea de «fugarse,» pero yo atacué esta preocupacion con todas las razones y argumentos que pude reunir. Le probé que habia hecho mas de lo necesario para su «honor militar,» y que era un deber que al mundo debia él de conservar su vida; que solo tenia treinta y cinco años y ante sí un porvenir brillante y que todavia podia servir de gran provecho á la humanidad.

Al fin se persuadió el Emperador, pero me hizo considerar que me esponia á perder la vida dado el caso en que semejante plan se descubriera. Le supliqué no se molestara por causa mia, pues en el peor de los casos me era

bastante indiferente el que me fusilaran con diferencia de unos dias. Cuando volví á mi cuarto me preparé para recibir un oficial liberal con algunas botellas de vino y otras cosas, y pronto se hizo presente.

Llegué desde luego al grano, diciéndole: «le hablaré á vd. con franqueza. Aquí no es vd. mas que un teniente, y hace meses que no le han pagado. Ya vé vd. á la mayor parte de los mexicanos, sean liberales, sean imperialistas son iguales, y por lo tanto tiene vd. poca esperanza de medrar aquí. Propondré á vd. una cosa, con la que pueda hacer fortuna. Ayúdeme vd. á salvar al Emperador. Tan pronto como hayamos pasado por la puerta del convento, daré á vd. tres mil pesos (le puse el rollo de onzas en su cara) y á nuestro arribo en la Habana le pagaré á vd. mil onzas mas; ademas de esto se tendrá cuidado del porvenir de vd. en Europa.»

El oficial no puso obstáculo alguno, y admitió la propuesta desde luego. Despues de esto le dí un papelito para un personaje de Querétaro, á quien informaba de mi plan, y suplicaba me ayudara.

Como que era conveniente para mí el comunicar libremente con el Emperador, supliqué á esta misma persona escribiera sobre esto al Fiscal. Así lo hizo, y el 27 de Mayo me envió el Fiscal la siguiente nota:

«Fiscal.—Puede el preso Salm hablar con Maximiliano en español y delante del comandante de la guardia.

«Querétaro, Mayo 27 de 1867.

AZPIROZ.»

Desde aquella vez me estaba casi todo el dia en el cuarto del Emperador, á donde me acompañaba un oficial, el